

## VI Domingo de Pascua – C –

---

5/5/2013

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

Como los domingos pasados, quiero comenzar comentando la segunda lectura, del Apocalipsis. Ya en el anterior Domingo escuchábamos la visión del Juan: la de la Iglesia resplandeciente de gloria, presentada como una novia preparada para celebrar los desposorios con Cristo. Hoy la visión del apóstol nos presenta la realidad de la Iglesia con una figura distinta, la de una ciudad que es un santuario. Insiste de nuevo en la idea de que la Iglesia no es una obra humana, sino una obra de Dios: **«Bajaba del cielo, enviada por Dios»**. De ahí su belleza, que refleja no la pequeñez del hombre y sus pecados, sino la belleza de la santidad de Dios: **«Brillaba como una piedra preciosa, como jaspero translúcido»**.

Luego habla de cómo está construida. Atención aquí, porque se describe esta ciudad, que ya he dicho es figura de la Iglesia, y que el apóstol ha remarcado que viene de Dios, como una realidad constituida por hombres. Dios la ha hecho, la ha dado su carácter sagrado, lo que la llena de hermosura, pero Dios ha usado del hombre para su obra. A esta realidad humana se refieren al menos dos detalles de esta construcción: el primero de todos es la referencia a las doce tribus de Israel. Las murallas tienen grabados los nombres de las doce tribus de Israel, que significan la totalidad del pueblo elegido; del pueblo de la Antigua Alianza, primero; y del pueblo de la Nueva Alianza, después. Es decir el límite de esta ciudad es la comunión de sus miembros, la unión de todos y cada uno de sus miembros. Todos sus miembros, sí, pero no cada uno de ellos por separados: eso no formaría una muralla, sino una ruina de muralla. Todos sus miembros unidos, en formación, en comunión.

La otra realidad humana a la que se refiere la visión de la ciudad es la de los cimientos de esta ciudad. ¿Qué sostiene esta comunión de todo el conjunto, la comunión de todos los miembros del Pueblo de Dios? Los apóstoles: la comunión de los apóstoles y de sus sucesores garantizan la comunión de todo el Pueblo de Dios y esta comunión es la ciudad santa que refleja la belleza y la gloria de Dios.

Pero otro detalle que nos hace entender que la Iglesia es una realidad que está formada por este elemento humano. Quién esté familiarizado con la Biblia se dará cuenta de que esta visión del *Apocalipsis* se parece mucho a otra visión que aparece descrita en el libro de *Ezequiel*. Allí el profeta contempla desde el destierro en Babilonia, después que ha sido destruida por completo Jerusalén y también el Templo, levantado por Salomón, que para los judíos es símbolo de la presencia de Dios entre ellos, contempla en su visión la reconstrucción de la ciudad y en ella del Templo. Así ocurrirá realmente cuando los judíos regresen del destierro. Esta visión del Apocalipsis se parece mucho a aquella de Ezequiel, pero ahora esta Jerusalén definitiva, no construida por mano humana, sino que baja del cielo, dada por Dios, aquí no tiene templo, sino que Juan, el «hombre de ojos perfectos», dice: **«Templo no vi ninguno, porque es su templo el Señor Dios todopoderoso y el Cordero. La ciudad no necesita sol ni luna que la alumbre, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el cordero»**.

¿Qué significa todo esto? –Que dándonos su Iglesia, Dios nos ha dado una presencia suya en medio de nosotros que supera toda otra presencia anterior. Su presencia no

depende de un lugar, ni de piedras, ni de ladrillos... su verdadera presencia se da en la construcción de nuestra comunión, de la comunión interpersonal de todo el pueblo de Dios que se fundamenta a su vez en la comunión de los Apóstoles, sus cimientos.

Tiene su lógica, porque Dios es una realidad personal, no es una cosa, no es un cuerpo, sino una realidad espiritual y personal que nos cabe en ninguna realidad que pueda limitarse en el tiempo o en el espacio: **«¿Qué templo podréis construirme o qué lugar para mi reposo?»**. Sólo hay un ser en toda la creación capaz de albergar a Dios: el espíritu humano, creado por Dios a su imagen. Sólo él es capaz de Dios. Es verdad que somos físicamente débiles y poca cosa. Cierto que nuestros años pasan deprisa, y que estamos afectados por una enfermedad de pecado tremenda que a veces nos hace parecer repugnantes, pero somos capaces de Dios, hemos sido hechos capaces de Dios (**«Capax Dei»**, decía Sto. Tomás de Aquino) Y sólo nosotros somos así. Ningún templo de este mundo, ni esta pequeña iglesia de san Felipe, ni San Pedro, puede contener a Dios, pero... nosotros sí. Sí puede hacerlo nuestro espíritu.

Otro dato confirma esta idea. Acordaos de las enigmáticas palabras de Jesús a la Samaritana. Ella le pregunta dónde hay que adorar a Dios, es decir, dónde puede el hombre entrar en la relación justa con Dios, si en Jerusalén o en el monte Garizín, donde los samaritanos realizaban su culto. La respuesta de Jesús: **«Créeme, llega la hora, ya estamos en ella, en que los verdaderos adoradores no adorarán a Dios ni en este monte [el de Garizim], ni en Jerusalén, sino que los verdaderos adoradores adorarán a Dios en espíritu y verdad»**.

Las palabras de Jesús nos llevan al Evangelio. Jesús habla a los discípulos. Atención: no les habla a cada uno por separado, sino al conjunto, a aquellos que ha reunido en torno a él y ha puesto en comunión, en relación de íntima comunión con él y entre sí. Esto no se puede olvidar, habla al conjunto, de entre los que ha elegido a los Apóstoles y entre los que ha Puesto a Simón como piedra base de toda esta comunión.

Y a estos, puestos en comunión, ¿qué les dice?

1. **«Guardará mi palabra»**. Guardar su Palabra es no dejar que la memoria olvide aquello que el Señor ha dicho y ha hecho por nuestra salvación. No dejar que se pierda nada de lo que el Señor Jesús ha dicho y ha hecho y los evangelios nos transmiten. Unas cosas las entenderemos mejor, otras peor; otras no las entenderemos; unas las entenderemos enseguida y otras después de muchos años y quizás de muchos sufrimientos. Pero lo nuestro es guardar en el corazón y en la memoria todo lo que él dijo e hizo por nosotros, como Sta. María, que guardaba todo en su corazón. Guardarlo sabiendo que en aquellos hechos se contiene nuestra salvación.

2. **«Mi padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él»**. Cristo asciende al cielo, pero su presencia entre nosotros no deja de ser tan real o más real que la que tuvieron los Apóstoles. Tenemos la presencia real y objetiva de Cristo ante de nosotros, en la comunión de la Iglesia y en los sacramentos de la Iglesia. Él nos perdona los pecados, él nos da de su cuerpo y de su sangre... Pero además tenemos una presencia interior de Dios. Nosotros mismos, cada uno de nosotros, en gracia y en la comunión de la Iglesia, nos convertimos en morada de Dios, en templo verdadero de Dios. Nosotros somos la presencia de Dios en medio del mundo: **«Vosotros sois la luz del mundo»**, nos han hecho portadores de Dios (*teoforo*)

3. Esta presencia de Dios verdadera e interior viene a nosotros con el don del Espíritu Santo: «el paráclito», es decir, el defensor, el que nos defiende en la lucha de esta vida hasta que alcancemos el cielo, el que nos defiende en la lucha contra el el diablo, el que certifica en nuestro corazón el amor de Dios. Él os lo enseñará todo. Nos introducirá progresivamente en el conocimiento de la verdad de Dios. Este conocimiento de la verdad de Dios está siempre pegado a las palabras y a los hechos de Cristo en su vida terrena,

por eso dice «**os lo recordará todo**», pero avanza sin límite alguno en su comprensión, porque Dios es un océano insondable siempre nuevo, un océano de amor infinito. «**Él os guiará hasta la verdad plena**», la verdad plena no es sólo una teoría sobre Dios, sino cómo debemos vivir y como debemos responder ante las diversas dificultades que se nos plantean en la historia. Es curioso cómo los Apóstoles tienen conciencia de haber recibido este Espíritu que les guía en la comprensión del misterio de Dios y en la comprensión de cómo deben actuar. Ante las primeras dificultades y una «**violenta discusión**», el pueblo de Dios mira a sus fundamentos, la comunión apostólica, que en torno a Pedro, dictamina una verdad que hace referencia a la fe y a cómo vivir. Y se expresa la conciencia de que esta decisión está guiada por el Espíritu Santo: «**Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros**».

4. En el relato de Hechos se ve que este don del Espíritu trae el conocimiento de Dios y la Paz de Dios. El conocimiento y la paz, la paz de aquel cuyo espíritu descansa satisfecho en Dios, no la negra ausencia de la muerte, del no ser, sino la satisfacción del amor, la plenitud del alma que rebosa saciedad, eso es un don incoado con el conocimiento del misterio de Dios en el alma de los cristianos.

Conclusión:

1. Hemos de guardar la comunión de la Iglesia.
2. Hemos de guardar lo que Cristo ha hecho y ha dicho por nosotros, constantemente en nuestra memoria y en nuestro corazón
3. Debemos pedir y suplicar un incremento del don del Espíritu Santo en cada uno de nosotros.

Alabado sea Jesucristo

P. Enrique Santayana C.O.